

sin fuerzas organizadas una formidable invasión perfectamente dirigida. En esta situación falsísima asumió la responsabilidad de todas las faltas, de todos los errores, de todos los crímenes, que fueron universalmente imputados á la República. Desvaneciase la sombra del tirano y los que habian querido salvar su patria del diluvio de males lanzado por aquellas horribles manos, fueron los primeros en

perderse y deshonorarse tristemente en una obra meritoria, patriótica, pero superior, muy superior á todo humano esfuerzo. Reaccionarios y rojos convinieron á una en la idea injusta de atribuir al Gobierno de la defensa nacional todas las desgracias. Este error habia de traer aun sobre la desdichada Francia mayores calamidades y desastres.

## CAPITULO LXXXVIII.

### CAUSAS OCASIONALES DE LA COMUNIDAD REVOLUCIONARIA DE PARIS.

Los horrores del sitio habian materialmente trastornado el seso á la gran ciudad. Algunos médicos pretenden que existia en París á la sazón una verdadera locura material. Los alimentos escasos y malos; necesariamente defectuoso el abrigo y pobre la calefacción; generales y arraigadas las preocupaciones que embargaban los ánimos y descomponian los nervios; muchos los dolores físicos y más aun los dolores morales; pocos, escasos los consuelos; el trabajo y la fatiga cada día más intensos; la esperanza de triunfo cada día más débil; guardias al aire frigidísimo de las largas noches de crudo invierno en las murallas, y desolacion al volver á casa; el hielo en la atmósfera y el calor moral en los cuerpos debilitados que estallaban á las emociones diarias; de los ejercicios y de las batallas á los clubs donde en veinte días de fiebre querian desquitarse de veinte años de silencio y tronaban contra toda autoridad y contra todo poder; el mal cebándose hasta en las más indefensas y más inocentes criaturas, en aque-

llas mujeres que iban medio desnudas y descalzas, resbalándose sobre el hielo de las aceras, á las puertas de las carnicerías y de las panaderías, desde las cuatro á las diez de la mañana, á recoger con mano avara una piltrafa ó un mendrugo, en aquellos niños que se demacraban de frío y de hambre por las abandonadas boardillas; las baterías con su estrépito; las bombas y granadas con sus estragos; la muerte en el hogar, la muerte en la calle, la muerte en las fortalezas, la muerte en todas partes, paseando su lívida sonrisa entre dos millones de seres, alargando sus alas de murciélago sobre aquella inmensa ciudad como sobre su nido; todo este conjunto de horrores, devorados durante cuatro largos meses, podian explicar, explican ciertamente la exaltacion de París, los cambios bruscos de la debilidad al heroismo, del descorazonamiento al sacrificio, del crimen á la utopia, que forman como el fondo de aquella colosal embriaguez, sin ejemplo en la historia, á cuyos vapores fué posible el inmenso vértigo que se

llamó la Comunidad y la revolución de París.

La paz, solamente la paz pudo contrastar el influjo letal de estas desgracias. Mas, ¿qué paz vino? Una paz quizá necesaria, quizá irremediable; pero triste y menguada. Francia, que desde la guerra de Crimea, llevaba el cetro de la política continental, resueltamente lo despidió de sus manos. La mayor enemiga suya, Prusia, lo recogió y lo empuñó fuertemente. En los salones de Versalles, testigos de otra época de omnipotencia francesa; al murmullo de aquellas fuentes que arrullaron los sueños del Rey-sol, en torno del cual giraba y gravitaba toda Europa; entre aquellos jardines, donde vagaban como mariposas las cortesanas y los cortesanos que han de consuno inmortalizado la literatura y la historia; reapareció el sacro imperio alemán, quebrantado por Richelieu, destruido casi por Mazarino, enterrado por Napoleón, y reapareció en la joven y robusta dinastía de la revolución intelectual alemana; dotado de una gran idea, de la unidad material y moral de su patria y de su raza; servido por gran fuerza, por la fuerza de aquellas tribus germánicas que derrocaron á Roma y trajeron la levadura de la libertad con su carácter individualista al seno de la moderna Europa.

El francés no podía tolerar que la púrpura del nuevo Imperio se hubiera teñido en su sangre; que las raíces del nuevo trono se hubieran sustentado en sus huesos; que la áurea corona esmaltádose con sus tristísimas derrotas. El soldado del Norte subió á los fuertes de la capital babilónica. El hulano, que había aterrado las campiñas, abrevó su caballo en el Sena, corrió por las avenidas más bellas, pasó bajo las curvas del Arco de Triunfo, y sobre las losas de la plaza de la Concordia. El rescate parecía fabuloso, cinco mil millones de francos. La cesión de una parte del territorio nacional, parecía imposible. El gravámen de una ocupación durante el rescate, aumentaba el dolor de los dolores. Allí, á la puerta de París, en la isla de Saint-

Dénis, donde se levanta la vieja catedral que cobijara un tiempo los huesos de los reyes de Francia, el trabajador francés oía la carcajada histórica, insolente de los vencedores alemanes. ¿Podía darse una pena mayor, más intensa que esta triste situación? ¿Extrañará alguien que haya enloquecido así todo un pueblo?

Luego, desde los primeros días, mostró la Asamblea de Burdeos impenitente espíritu reaccionario. La Guardia nacional fué conspuída; el grito á las instituciones vigentes en Francia, considerado como un desacato á la representación nacional; las ciudades más liberales y más demócratas, acusadas públicamente de perturbadoras y demagógicas; la capital-mártir herida en el alma; Víctor Hugo, que representaba la protesta más elocuente contra el Imperio napoleónico, desconocido; Garibaldi, el heroico Garibaldi, que llevaba en sus manos el único laurel de aquella guerra, desacatado; Gambetta, que había hecho el mayor de todos los esfuerzos, y si no había salvado á Francia, la integridad de su territorio, había salvado la integridad de su honra, Gambetta, el fuerte Gambetta calumniado; de suerte que todo el mundo temía en París la muerte de la República, y la vuelta á los tiempos del despotismo que engendrarán aquella guerra, madre natural de tan irreparables catástrofes.

El nombramiento de Thiers agravaba todas las sospechas. Aunque á su ánimo había llegado ya la persuasión de que era imposible toda monarquía en Francia, nadie sospechaba de su amor á la República. Era el representante más legítimo de los privilegios de las clases medias; el jefe más visible de la escuela doctrinaria que pugnara por forjar el sistema monárquico-constitucional en los libros y aplicarlo luego á las costumbres; el ministro más memorable de Luis Felipe; el que más había hecho en los comienzos del reinado por unirlo con la juventud republicana y en las postrimeras por salvarlo en la

libertad; y de consiguiente imaginaba el pueblo parisiense, á la verdad, sin razón pero con motivo, que había de perseverar al término de sus días en estos viejos errores de otros tiempos. Además, Thiers declaró en una de las últimas sesiones de Cuerpo Legislativo que tenía sus príncipes naturales, y que estos eran los príncipes de Orleans. A semejantes recuerdos se unía el que esta casa representa siempre en Francia la paz á todo trance, la paz aunque fuese á costa de la honra. Y Thiers, con grande ánimo, con luminosa prevision, así como la víspera de la tremenda catástrofe, se había opuesto á la declaración de guerra, después había hecho todo lo posible para ajustar la paz: viajes al extranjero, visitas al cuartel militar del rey Guillermo, oposición á la política guerra de Gambetta, oposición terrible, implacable como nunca la hiciera ni al mismo Imperio. Y las gentes de París ligaban los esfuerzos heroicos por la paz con las antiguas tradiciones de la casa de Orleans; y creían que estas dos fases de la política se juntaban en el ánimo de Thiers, y que, al proponerse estancar la sangre que corría por las heridas de su patria, proponíase también establecer la antigua y maldecida dinastía de Orleans. Y es intensísimo el horror en Francia á esa dinastía, eterno azote de su patria, baldon eterno de la historia; á esa dinastía que tantos males derramó en las guerras republicanas de la Gironda: á esa dinastía que tantas conjuraciones llevó al palacio de la monarquía francesa; á esa dinastía que perteneció á un tiempo en su desapoderada ambición á los regicidas y á los reyes.

Luego el horror á la dinastía de Orleans se agravaba con el resentimiento por las ofensas hechas y los agravios inferidos á la ciudad de París. Había sufrido como ninguna otra ciudad en el mundo. Había estado en el potro de todos los tormentos. Sus venas, abiertas fluían todavía sangre. Sus manos y sus pies llevaban las señales de espantosa crucifixión.

Ella se había vuelto y revuelto, se había materialmente reforcido en la hoguera de su martirio, nueva Juana de Arco, para que se salvase Francia, y el premio era la amenaza de quitarle su antigua capitalidad. Francia sin París que ha sido de antiguo el núcleo de la nación; Francia sin París que ha dado tantos de sus rayos al ingenio francés; Francia sin París que ha prestado las plumas quizá más bellas y más ligeras á las vistosas alas de su voladora lengua; Francia sin París que animó aquel hombre, cuyo sentido fué tan universal que pasó á ser el sentido de toda tierra civilizada y culta; Francia, sin la tribuna donde resonó la grande elocuencia moderna, sin el oráculo donde se escribieron los derechos naturales; Francia, sin esta ciudad singular, tan maldecida y tan amada de todo el mundo, quedaba yerta sobre el planeta, como un cuerpo sin cabeza; y París herido exclamó: no quereis que sea la capital de la ley, seré la capital de la revolución.

A estas causas morales y políticas se unían causas económicas de gran monta. París había sufrido mucho, así moral como materialmente. Y la mayor de sus desgracias materiales fué la desgracia económica. El sitio llevó perturbación increíble á estas relaciones. Era urgente una ley sobre los alquileres; y se dió una ley sobre los vencimientos. Un diputado consumadísimo en esta clase de asuntos, Mr. Ducuing, demostró que condenar los comerciantes de París á un pago inmediato era tanto como condenarlos á una bancarrota cierta. Los propietarios territoriales, núcleo de la Asamblea, que venían de sus tranquilas haciendas y que cobraban sus seguras rentas, no podían comprender ni las oscilaciones ni las angustias del Comercio. Así decidieron sin ninguna premeditación que las obligaciones de Comercio suscritas antes de la ley de trece de Agosto de mil ochocientos setenta no gozaran de ninguna próroga, siendo exigibles según las reglas del derecho común. Además decretaron que las obligacio-